

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

BAUDOT, Georges, *México y los albores del discurso colonial*, México, Editorial Nueva Imagen, 1996, 390 p.

Seis son las partes en que Georges Baudot ha dividido el libro que hoy presentamos. Veintiuno los capítulos que comprende la obra. El autor reúne textos por él publicados en diferentes revistas, engarzándolos de manera tal que nos ofrece un collar de acontecimientos que van a presentarse en los albores del México colonial y que cubren diferentes temas desde aquel momento, terrible y épico, en que las hambrientas huestes mexicas de Tenochtitlan y Tlatelolco han soportado el asedio que el conquistador peninsular y sus aliados indígenas le han impuesto de manera implacable.

Tlatelolco es el lugar de la última resistencia. Tenochtitlan ha sido arrasada y su Templo Mayor destruido. Las dos ciudades gemelas que algún día llegaron a disputarse la supremacía de Anáhuac y de buena parte de Mesoamérica van a tener un surgimiento común y un dramático final. Pero a diferencia de Tenochtitlan, por quien la suerte se ha inclinado al vencer a su hermana gemela en 1473, Tlatelolco va a conservar su nombre hasta nuestros días, si bien está precedido del nombre de quien, según cuenta la leyenda, ayudó en la conquista a las fuerzas peninsulares: Santiago.

De esta manera se da el primer mestizaje en cuanto a nombres se refiere. El mestizaje biológico se ha dado ya en el área maya con Gonzalo Guerrero... Aquel 13 de agosto de 1521 marca el alfa y la omega de muchas cosas. Y aquí empieza nuestra historia... o las historias de Georges Baudot.

La primera de las seis partes trata del tema del encuentro de los dos mundos. Aquí el autor destaca, en los siete artículos que la componen, el problema de la otredad. El común denominador lo es, además de la pregunta obligada por ambas partes de quiénes son éstos y de dónde vienen, la de la imagen que se forman cada uno de los grupos: amerindios y españoles. Lo anterior da paso a lo monstruoso, lo demoníaco. Baudot nos relata de aquellas imágenes que se transmiten a través de grabados, por ejemplo, con representaciones

de personajes de pesadilla que en nada corresponden a la realidad. A ello se une la idea muy conocida por los arqueólogos y relatada en diversas fuentes de que hubo pobladores gigantes, sustentada en los hallazgos en el siglo XVI de huesos de mamut que se atribuyen a una antigua población.

Al referirse a los pueblos americanos, Baudot hace ver que, entre ellos, al parecer existía una concepción “humana” de los otros grupos, por más que se les considerara inferiores. Nos dice el autor:

“Parece que en América la conciencia de otredad se expresaba mejor dentro de una escala de matices de humanidad, o de graduaciones dentro de un catálogo de conductas y prácticas “humanas”.

A continuación nos da dos ejemplos sumamente ilustrativos: el del huasteco Touenyo, cuya desnudez provoca ardores en la joven hija del gobernante tolteca quien, pese a ser extranjero, es finalmente aceptado, y las recomendaciones de Tlacaclael citadas por fray Diego Durán, cuando se escogen ciudades de donde se proveerán de hombres para el sacrificio, desdeñando unas y aprobando otras.

Otro aspecto presente en esta primera parte es el de la incompreensión que se da entre ambos participantes:

“...Un día en que hombres que hasta entonces se habían ignorado completamente se encontraron y empezaron a entablar lo que no me atrevo a llamar un diálogo, sino más bien un intercambio de incompreensiones” (p. 33)

Acerca de esto, he dicho en otras ocasiones que la incompreensión total se da, precisamente; aquel 13 de agosto de 1521, cuando Cuauhtémoc es llevado prisionero frente a Hernán Cortés. La manera de entenderse entre los dos capitanes será por medio de la Malinche, quien hablaba el náhuatl y el maya, y Jerónimo de Aguilar, quien hablaba el maya y el castellano. Bernal Díaz y el mismo Cortés en su *Carta de Relación* se refieren a ese momento.

Recordemos aquellas palabras. Dice el joven Tlatoani:

“Señor Malinche: ya he hecho lo posible en defensa de mi ciudad y ya no puedo más. Toma el cuchillo que tienes en el cinto y márame luego con él...”

Cortés, extrañado, le contesta que no lo va a matar, que por el contrario, lo perdona. Pensemos por un momento lo que esta actitud del conquistador español provoca en Cuauhtémoc. Debió de pensar que aquel hombre barbado y de acero era de una crueldad infinita, pues lo que el joven Tlatoani pide es que se le sacrifique, como corresponde a un prisionero de guerra para que pueda completar

su ciclo y acompañar al sol al sol en una parte de su diario recorrido. Con aquel "cristiano" perdón se le condena al gran capitán de los ejércitos mexicas a permanecer vivo y que, por lo tanto, no cumpla con lo más caro para un guerrero: morir en la guerra o en la piedra de sacrificios.

La incompreensión está dada desde este momento.

Las siguientes partes del libro tocan asuntos diversos que van desde las vicisitudes que padecen los descendientes de Moctezuma, hasta problemas de transculturación sin dejar a un lado la presencia femenina tan relevante en su momento. Por un lado la Malinche, que tanta importancia tuvo para la conquista de México no sólo por ser la traductora —a través de Jerónimo de Aguilar—, sino informante directa de Cortés, y la presencia siempre grata de Sor Juana Inés de la Cruz hacia la segunda mitad del siglo XVII. Termina el libro con la presencia de corsarios y filibusteros dentro de las márgenes del discurso novohispano. De la segunda parte queremos destacar las peripecias que padecen los descendientes de Moctezuma por obtener prebendas de la Corona. Tal es la situación que viven Martín Moctezuma y Diego Luis Moctezuma hacia 1576. Particularmente interesante resulta lo que ocurre con este último, pues radicado en la península busca por todos los medios ser reconocido como nieto del último Moctezuma, lo que le vale no pocos rechazos para, finalmente, autorizar su regreso a la Nueva España, en donde como dice acertadamente Baudot: "autorizarle el regreso era confundirlo, en un sin fin de pleitos con sus parientes, entre los numerosos nobles indígenas que más o menos mendigaban, ante la Audiencia, mercedes y sustentos" (p.154).

Impactante resultan los datos que el autor proporciona acerca de la población indígena en la Nueva España. Bien sabemos que en las Antillas prácticamente el indígena fue exterminado. La brutalidad de los peninsulares en los primeros años de la conquista aún antes de llegar a lo que sería la Nueva España, dieron motivo suficiente a las terribles y a la vez hermosas palabras de Fray Antón de Montesinos en la Isla de Santo Domingo un domingo de Adviento de 1511. A esto hay que agregar el levantamiento del joven Enriquillo en 1519 en la misma isla en protesta de lo que ocurre con sus hermanos indios. El padre Las Casas nos ha dejado prolija relación de los hechos. Pero volviendo a la Nueva España, Baudot va analizando con buena pluma y profundos datos, lo terrible que fue la devastación en el primer siglo de la colonia. Los resultados de esto nos lo resume de la manera siguiente:

"El indio proyectó sin duda, sobre su visión del porvenir, la

noción de culpabilidad, de persecución, de un destino inexplicablemente adverso que generaba conductas de repulsa e inclinaciones suicidas. Ciertamente que, por diversos procedimientos reestructuradores y fundándose en algunos meollos culturales más resistentes de su universo, el indio intentaría seguir existiendo y procuraría salvaguardar mucho de su personalidad" (p. 203).

De la parte tercera llama la atención cuando el autor trata de las fronteras: fronteras imaginarias, fronteras políticas, fronteras míticas, pero también de diablos, demonios y sortilegios en la empresa evangelizadora del siglo XVI.

La cuarta y quinta partes tratan, como señalamos antes, de la presencia de mujeres trascendentes en el momento que les tocó vivir. Ya hemos hablado antes de Malintzin, cuya figura es estudiada por Baudot para tratar de dilucidar lo que esta mujer significó realmente, pues la estigma la acompaña siempre. Nos dice: "Malintzin es una mujer maldita hasta dar su nombre, o su apodo, Malinche, a una actitud colectiva contemporánea, a una especie de fantasma nacional que es también, a veces, la máscara con que se encubre la xenofobia cuando se acusa a alguien de ello: malinchismo; abdicación cobarde frente a las costumbres, las ideas o las modas del extranjero, del Otro" (p. 286). El autor analiza desde el nombre mismo del personaje, hasta la integración que ocurre con el nombre de ella, por medio del cual se identifica también a Cortés. En bellas palabras, Baudot señala: "Pierde su identidad, se integra por el nombre en el juego dialéctico de aquella fascinante mujer que produce y distribuye la palabra creadora de Historia. ¿Cómo iba Cortés a contarle esto a Carlos V?" (p. 296).

Es evidente que la metonimia Malinche deviene del original en náhuatl. ¿Será —me pregunto— la forma indígena de humillar a Cortés, llamándolo con nombre de mujer...? Lo curioso es que los mismos soldados españoles le llaman así, como nos lo refiere Baudot al citar a Bernal Díaz del Castillo.

Finalmente, Baudot concluye así su recorrido por aquella mujer: "Malintzin no tiene hoy por qué asumir una responsabilidad, fraguada hace siglo y medio más o menos, que nunca imaginó. Como sugerí hace algunos años, para mí la conquista de México, por haber contado con la inapreciable y aún hoy en día incalculable ayuda de aquella bella esclava... es más que otra cosa el resultado de una venganza de mujer, de una mujer que así recupera su señorío, su lugar privilegiado en el orden social de su mundo, y que destruye también así el orden de los valores que había vivido de niña y que le habían negado en carne propia al encerrarla en un destino

maléfico, en una predestinación sin salida ni redención” (p. 319). Pero pasemos a la otra cara de la moneda: Sor Juana Inés de la Cruz. El tema que de ella trata es el del feminismo de la monja y su presencia en la trova popular. Aquí vemos presente al negro, más como protesta por su condición, del que dice Baudot “son estos villancicos de 1677 y parece que aquí Sor Juana no dudó en denunciar más que insinuar” (p. 341). Particularmente interesante resulta un texto “mestizo” (así llamado por Baudot por contener una “ingeniosa y cómica mezcla de castellano y nahuatl” (p. 354) de un villancico que en una de sus partes reza:

Sólo Dios Piltzintli
del cielo bajó
y nuestro tlatlacol
nos lo perdonó

Pero estos Teopixqui
dice en so sermón
que este San Nolasco
Miechtin compró...

No nos queda por agregar nada más. Pienso que lecturas como ésta bien escrita y documentada son de agradecer al autor. A ello se une el que se trate de textos ya publicados en revistas dispersas por aquí y por allá, con lo cual se facilita al lector el acceso a ellas. Estamos, pues, ante un magnífico libro escrito por un investigador profundo y con temas relevantes que nos acercan, sin lugar a dudas, a los albores del discurso colonial...

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

Fray Andrés de Olmos, *Arte de la lengua mexicana*, Introducción y transliteración de Ascensión y Miguel León-Portilla, Madrid, Ediciones del Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 2 v. 1993, v. I: Edición facsimilar, v. II: Estudio y transliteración, xcix-215 p.

Reducir en artificio gramatical una lengua, clasificar sus fonemas y detectar sus posibles variaciones, organizar sus constituyentes morfológicos atendiendo a su forma y significado; y, determinar sus características sintácticas, así como las diversas relaciones que contraen entre sí estos elementos para constituir sintagmas (frases u oraciones) fue tarea ardua que dentro de la tradición occidental se